

Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno

María José Tacoronte Domínguez¹

Donna J. Haraway. Edición Consonni, Bilbao, 2019. 365 páginas. ISBN: 9788416205417. Traducción de Helen Torres.

Donna J. Haraway nunca deja de sorprender con sus teorizaciones y propuestas. En este libro la autora, en tanto que feminista entusiasta, relata desde la ciencia y la ficción posibles puentes para abrazar ambas disciplinas.

La imaginación es una herramienta fundamental en este relato, donde la actividad –la acción–, es colectiva, y principalmente centrada en la búsqueda de un mundo más habitable, tomando en consideración la justicia medioambiental y, sobre todo, subrayando la relación interespecies. El juego de cuerdas es otra de las metáforas de las que se sirve Haraway para hacer ver que la relación no solo se ha de plantear entre personas, sino entre especies, humanas, y no humanas.

Haraway articula una reflexión profunda y amplia del mundo que habitamos, que se encuentra en un momento límite, y que genéricamente denomina Antropoceno. El daño al planeta es irreversible en cierta forma y, por lo tanto, su cura solo puede ser parcial. Ella propone una manera distinta de mirar la vida para desarrollar nuevas formas de relación que denomina multiespecie y del mismo modo para indicar que es un asunto más que humano. Su crítica se orienta a modificar los paisajes actuales, y echa mano de los feminismos, la imaginación, la ciencia ficción –como ficción especulativa–, y la filosofía y la ciencia.

Su obra, *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, consta de ocho capítulos de títulos sugerentes. En el primero, *Jugando a figuras de cuerdas con especies compañeras*, Haraway remarca la importancia de la respons-habilidad (responsabilidad y habilidad de dar respuesta) junto con el devenir-con, entendido como la forma en que los seres se asocian y se hacen capaces de entrelazarse en el mundo semiótico-material, que es relacional.

El segundo capítulo, *Pensamiento tectacular*, subraya la importancia del juego de cuerdas, que pasa de mano en mano, y que genera, o puede generar, ficciones especulativas que den paso a un posible cambio. Pero, sobre todo, este capítulo destaca por la ingeniosa explicación para entender el por qué del título del libro, así como también por subrayar el término *simpoiesis*, insistiendo en la producción de forma colectiva. Esta troposposición la contrapone con autopoiesis, o creación individual patente en el capitaloceno neoliberal, que asfixia toda forma creativa e imaginativa.

Simpoiesis. Simbiogénesis y las artes vitales de seguir con el problema, es el tercer trabajo, e insiste en la importancia de generar parentesco –generar-con– mediante la creatividad sostenida por personas que se preocupan y actúan. Recurrente es la mención a la bióloga evolutiva Lynn Margulis, entre otras, que sirve de ejemplo para mostrar cómo los holoentes (término general para reemplazar unidades o seres, p. 101) interaccionan mutuamente de forma cooperativa, en conexiones parciales que presenta a las especies como compañeras. Este capítulo es interesante porque en él se aprecian varios ejemplos colaborativos para anudar hilos: arrecifes de coral, Proyecto Madagascar o el tejido navajo.

En el cuarto, *Generar parentesco*, el término pariente se usa en el sentido de ensamblar, no en el inglés tradicional de relaciones lógicas. De lo que se trata en este corto capítulo es de subrayar que la Tierra está llena de refugiados sin refugio. El Chthuluceno, pasado, presente y lo que aún está por venir, es una teorización que la autora propone para crear una ecojusticia multiespecie de entidades-en-ensamblaje intraactivas, y cooperativas frente al antropoceno, que agita la individualidad y la lucha competitiva. En el quinto capítulo, *Inundada de orina*, Haraway insta a replantearse historias, y a plantear historias, como elemento constitutivo para la respons-habilidad. En este trabajo relata su relación con su perra y compañera, Cayenne, así como la implicación de las farmacéuticas, la gran agroindustria, y las relaciones nocivas que crean entre los seres que habitan Terra. Para ello se pone como ejemplo el caso del DES (dietilestilbestrol), estrógeno sintético que se utilizó para evitar abortos durante el embarazo, y también para tratar problemas de próstata, además de para favorecer el crecimiento rápido del ganado en la industria cárnica.

En el sexto trabajo, *Sembrar mundos*, Haraway une la biología ecológica y evolutiva del desarrollo con la ciencia y la ciencia ficción de Ursula K. Le Guin y Octavia Butler. Este relato insiste en paradigmas de entes

¹ mjtacoro@ull.edu.es
Universidad de La Laguna (España)

que conviven como las hormigas y las acacias y que mediante sus imágenes, evocan palabras y figuraciones especulativas que pueden favorecer el seguir con el problema entre seres en riesgo. El penúltimo y séptimo trabajo, *Una práctica curiosa*, destaca la figura de Vinciane Despret, teórica cultural que desarrolla una curiosa relación para pensar-con otros seres, mediante la práctica de configuración de mundos, teniendo presente las relaciones no heredadas, y entrando en el riesgo de “entrenar la mente y la imaginación para ir de visita” (p. 201). Así, pensar-con otros seres favorece la ampliación de capacidades y de relaciones.

Y finalmente, el octavo capítulo, *Historias de Camille. Niñas y niños del Compost*, supone un ejemplo de especulación generativa que surge tras un taller de escritura durante el verano de 2013. “Generar parientes, no bebés” es el eslogan elegido por Haraway para hacer ver que el mundo ha de ser cuidado en circunstancias de actuación colectiva, que ha de tener en cuenta otras formas de ser y de hacer; y que además, reclama la postura de los feminismos en la reivindicación de los cuerpos y la reproducción, no como una cuestión impuesta a las mujeres por el relato de la reproducción heteronormativa, sino como una cuestión de elección consciente en un mundo frágil, pero aún, habitable.

Lo que está en juego es aquello que podemos llegar a ser en la posible/deseable superación del Antropoceno/Capitaloceno, lo que exige pensar-nos o imaginar-nos de forma tajantemente diferente a como nos ha inventado el Humanismo. Haraway llama *Chthuluceno* al florecimiento de ensamblajes multiespecie, al entramado de temporalidades y espacialidades, entidades ensambladas intra-activas, humanas y más que humanas, porque, en palabras de la autora: “Somos compost, no posthumanos; habitamos las humusidades, no las humanidades. Filosófica y materialmente, soy una compostista, no una posthumanista.” (p. 151).